

El prepucio de la Gioconda

Roberto Uría

*«El amor es una sombra. Cómo mientes y lloras buscándolo.
Escucha: estos son sus cascos, partió, como un caballo.»*

SYLVIA PLATH

Sábado, 8 de agosto

¿Sería hoy un día más como otro cualquiera? Como siempre, muy a su pesar, se ha levantado y he salido con una jaba a comprar algo. Necesitaba, entre otras cosas, unas botellas de agua mineral para «sangrías», y poder festejar el cumpleaños de un amigo. Después de haber estado en varios mercados, y ya sudoroso, decidí regresar a su casa. Pero, en el último instante, tuve la corazonada de que habría agua mineral en el supermercado de Egido y Corrales. Y se dejó llevar por esta esperanza. Echó abajo todos los estantes sin dar con la bendita agua. Por comprar, rabiosamente compré una lata de harina lacteada. Luego de hacer la cola para pagar, y cuando ya estaba a punto de irme, él se me acercó: pidió de favor que le diera la cesta metálica porque, en ese momento, no había más disponibles. Lo miró y me estremecí. Le dije que sí, que como no, que esperara un minuto y me dio las gracias sonriendo, Aire, lo que él necesitaba era aire fresco y no andar masticando aquella burbuja de acero. Salí. Afuera vendían melones. Vaciló ante la cola. Pero finalmente marqué y comenzó a rezar para que su espera no resultara inútil. Más tarde, él ha pasado mirando, mirándolo con insistencia y, turbado, opté por volver a casa: demasiado sol, demasiado silencio. Caminaba con desgano, ensimismado y, de pronto, que dónde había una farmacia cerca, me preguntó. ¿Una farmacia? Sí. Bueno, en Monserrate y Teniente Rey, pero creo que está cerrada por reparaciones. La otra es Sarrá... ¿Tú vives por aquí? Sí, ¿y tú? Sí, con una tía que estoy cuidando porque vive sola y está enferma. ¡Ah!... ¿Y tú estudias? No, trabajo. ¿Y tú? Acabo de terminar el Servicio Militar. Pasé un curso y en septiembre empiezo la carrera, una ingeniería. ¡Qué bien! ¿Y te gusta lo que vas a estudiar? Más o menos... Yo vivo por aquí, ¿vas a la farmacia por fin? No; voy

otro día. Y se dijeron los nombres y me pidió el número del teléfono, y no había ni papel ni pluma y él se empeñó en memorizarlo y me dijo que llamaría pronto y se dieron la mano y, por un instante, el día pareció ser distinto a los otros, casi limpio. Botellas de agua mineral que no existen. La cesta metálica. Calor. Melones. Colas. La farmacia. Sol. La llamada que haría. Subió a la casa y, ya a la sombra, me pregunté si lo volvería a ver, si otra vez sería mirado por esos ojos verdes «serenos como un lago.» Era lo típico: sólo había sido un juego, una escaramuza más de los suicidios cotidianos. No llamaría. Demasiado sol, demasiado silencio.

Domingo, 9 de agosto

¿Sería hoy un día más como otro cualquiera? Eran como las once de la mañana y todavía estabas durmiendo. La fiestecita había terminado tarde. Sonó el teléfono y te despertaron: era él, que quería verte y conversar un rato. Te arreglaste rápido. No lo podías creer aún. Te dijo de encontrarse en los portales de «El Gran Hotel» y dar una vuelta por La Habana Vieja. Estabas muy nervioso, pero querías aparentar seguridad, madurez: ser el que, amablemente, llevara las riendas y trotar con tu propio ritmo. Te dio la mano y sonrió. No supieron qué decirse durante un tiempo. Propusiste caminar por Obispo. ¿Tomas té?, le preguntaste. Sí, me gusta mucho. Aprendí a tomarlo en Ucrania, donde estuve estudiando cuatro años. Ahora no debe haber casi nadie en la casa de infusiones de Mercaderes, ¿vamos?, le dijiste. El té está bueno y los pastelitos de queso, mejores. Te animas y le pides que hable sobre sus estudios o el invierno ucraniano (¿te bañabas todos los días?) o las comidas (¿había chocolate?) o los paseos (¿y las galerías de arte?) o la lengua rusa (¿te confundieron, al principio, con uno de ellos?) o cualquier aventura. Y te cuenta más: que una vez, para hacer un dinerito, trabajó en una fábrica de computas y se tomó dieciocho en sólo un día; que plantó viñedos; que vivió con una muchacha sentimental y despótica que recitaba de memoria a Pushkin. Luego, sentados en la Plaza de Armas, bajo la sombra de los laureles, te confiesa que le gusta Julio Iglesias. Tú te horrorizas. Pero también me gustan Silvio Rodríguez y Celia Cruz, pregunta, ¿a ti no? ¿Sabes?, ¿has oído la canción «Nathalie»? Si tengo una hija, le pondré ese nombre... Es que yo no vivo con ninguna tía, sino con una muchacha, que está embarazada. En octubre seré papá. Ya sé que es una locura tener hijos ahora. Pero ella no podía tenerlos, y de pronto... No puedo dejarla así. Tal vez, más adelante, ¿qué tú crees? Te deja sin habla. ¿Qué puedes decir? No sé. ¿Qué otra mentira me has dicho?, preguntas. Más ninguna, discúlpame. Yo no soy hábil para establecer relaciones. Espero que no te falten experiencias, le dices. Bueno, en el Servicio Militar tuve algunas, pero nada serio, sólo jugar a las escondidas, coger y soltar, como hace todo el mundo. Y te pide que le hables de tu vida. Tú lo haces con cautela, entretejiendo verdades con mentiras, mientras vas tocándole, con el dedo de tu aliento, el borde de su boca. Te mira, te bojea despaciosamente y el día habrá sido distinto aunque tú no quieras, a pesar del lastre de las palabras. Caminaste en silencio al regreso. Prometió hacerte la visita en

tu casa, temprano en la mañana, cuando podrían estar solos y tranquilos sin la familia. A no ser que surgiera, a última hora, una complicación: él era un tipo complicado. ¿Vendría por fin? ¿Habría demasiado silencio para tanto sol? ¿Qué sombra te esperaría?

Lunes, 10 de agosto

¿Sería hoy un día más como otro cualquiera? Dormí mal. De vuelta en vuelta la madrugada se arrastró hasta el amanecer. Me levanté temprano. ¿Vendría? Me preparé un té fuerte para espantar el cansancio. ¿Cómo sería un «encuentro cercano» con él? No siempre se cumplen las promesas que vociferan un rostro y un cuerpo agradables, ¿Y si no viene? No tenía forma de salir a buscarlo porque no dejó, ni le pedí, sus señas. ¿Por qué tenía miedo de perder lo que nunca había tenido? Con poca fortuna, me enclaustré en una revista *Bohemia* buscando algo de paz. ¿Cuántas veces ya había pasado por la misma espera, por la servidumbre de la rutina? Encendí el radio: «en el tronco de un árbol una niña / grabó su nombre henchida de placer / y el árbol...» Me corté las uñas: ¿vendrá? ¿No vendrá? ¿Qué diferencia habría entre una vida larga y otra corta? Tocaron a la puerta. Morí. Pero tuve que resucitar porque el vecino, con cara de sueño, me pedía un poco de azúcar en préstamo. Otra vez, a solas, me puse a barajar mentiras —máscaras van, máscaras vienen para justificar el juego de este día: una historia para el trabajo; otra, para mi familia, y otra, la mejor, para el amante «estable», desgastado ya por su grisura y por algunos meses de inmediatez. ¿Habría otro desierto más grande que el de la soledad en la multitud? Tocaron a la puerta otra vez y era él, que sonriente dijo: «¿Ves como vine?» Tomamos té y balbuceamos algunas naderías. Después, un largo silencio me obligó a decirle: «¿y ahora qué hago contigo?» Me sostuvo la mirada y declaró: «Lo que tú quieras.» Empecé por acariciarle el antebrazo, fuerte y velludo. Luego, el pelo, la espalda, el cuello... Fuimos para el cuarto. Nos besamos. Sentí de golpe todo el sabor de su saliva y su aliento limpio. En silencio nos fuimos desvistiendo: los pechos agitándose, las nalgas firmes, las piernas... Sudábamos. La cama era un mar infinito tan blanco y salobre como su piel, que mi lengua iba despertando cada vez más. Su cuerpo se abría, de par en par, al conjuro de mis manos. Me dijo: «¡si hubiera un espejo!» Y yo le contesté no sé ni cómo: «Cierra los ojos y mira.» Pero me hubiera gustado decirle: «Di que me quieres, di que me quieres...» Continuamos en silencio. Acabamos el encuentro más callados aún. Después, incorporándose sobre los escombros de las sábanas, afirmó: «¿Sabes?, tienes la pinga linda y cómoda.» Nos bañamos en la ducha. La espuma imperecedera del jabón nos lamió, del todo, la mezcla de olores a saliva, sudor y semen. Nos vestimos. Me pidió un vaso de agua, y me dijo que se tenía que ir rápido porque su mujer lo estaba esperando para ir a la consulta del médico. «Otro día nos vemos», sentenció. Y se fue. ¿Había sido un día distinto? ¿Qué sombra podía conjurar tanto sol de agosto? ¿Volvería a llamar? ¿Vendría otra vez? ¿O se perdería como un caballo en el mar, como una lágrima en la lluvia? Él partió...